EL MUNDO

I.

Hay una época todos los años en que la parte brillante y ligera de este pueblo, movible como el mar y mudable como una mujer, sale precipitadamente por todas las puertas de la población, arrojándose fuera de Madrid y alejándose en todas direcciones, como parten y se alejan del foco de su luz los rayos de una estrella.

Es curioso ver cómo marchan hacia todos los puntos del horizonte series continuadas de familias, seguido cada individuo de ese segundo y variado *yo* que las mujeres llevan en su *mundo* y los hombres en su maleta.

Esta general romería se hace en obsequio de esa divinidad caprichosa y voluble que se llama *moda*.

Toda esa caravana del lujo, de la ociosidad y

de los placeres, vuelve lo mismo que se va; cada hombre con su maleta debajo del brazo; cada mujer con su *mundo* á la espalda.

Ahora estamos todos aquí juntos y unidos por los fríos lazos del invierno, formando este agitado conjunto que se llama vida, este revuelto laberinto que también se llama *mundo*.

¡Mundo! Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro tapias del pueblo en que habéis nacido, como las perlas en el estrecho recinto de las conchas en que se ocultan, no sabéis lo que es el *mundo*.

Las montañas se levantan por una parte mostrándoos las agrias pendientes que surcan sus anchurosas faldas, como si quisieran detener vuestras miradas, recogerlas y dirigirlas hacia las cumbres por donde el día asoma ó donde el sol muere.

Para mirar la montaña que nos cierra el paso, hay que levantar los ojos; y siempre que los ojos se levantan, la mirada del hombre se encuentra con el cielo.

Por otra parte, el valle se hunde cortando el terreno en surcos profundos que se abren delante de vuestros pies, como si quisiera obligarlos á doblar la cabeza bajo el peso de tristes meditaciones.

La tierra, abriéndose de repente delante de vuestras plantas, parece que os quiere decir: «Yo soy un abismo».

Mas allá el río, precipitándose impetuoso por las gargantas de la sierra, desgarrado por los peñascos que le salen al encuentro, tiende sus aguas limpias y cansadas, buscando inútilmente un reposo que no ha de hallar, y, gimiendo unas veces y bramando otras, sigue su camino como un viajero condenado á no detenerse nunca.

Las aguas, que forman un ancho rodeo, dibujan en ondas suaves los graciosos contornos de las huertas, como la franja de plata que forma el caprichoso festón de un manto verde.

Delante de vosotras abre sus brazos, como si quisiera deteneros: él os sale al encuentro, y os grita: «¿Dónde vais?»

Sitiadas por la naturaleza, os encontráis detenidas dentro del espacio formado por la montaña, por el valle y por el río.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabéis vosotras lo que es el mundo?

Vuestra ignorancia sólo os permite ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.

Cantáis por las mañanas, rezáis al caer el sol y bailáis los domingos delante del atrio de la iglesia, porque vuestras honestas alegrías son tan agradables á los ojos de Dios como vuestras humildes oraciones.

Tenéis unos espejos en los que comprobáis todos los días la belleza de vuestros semblantes y la sencilla pureza de vuestras almas.

Os miráis en los ojos de vuestras madres, de vuestros esposos y de vuestros hijos; os miráis también en el espejo siempre limpio de vuestra conciencia.

Vuestros adornos son siempre de moda.

Tenéis la sonrisa de la alegría, bello adorno fabricado y tejido en el taller de vuestro propio corazón.

Sois gallardas, como el álamo que se cría al sol y al viento.

Cada estación os ofrece una flor fresca, risueña, acabada de hacer, viva y brillante, para que adornéis vuestros cabellos.

El trabajo, la virtud y la inocencia os proporcionan los dos encantos más bellos de la mujer: la alegría y la salud.

Vuestros cosméticos son el sol que ilumina vuestros semblantes, el agua que refresca vuestras mejillas.

Vuestro aire es el aire de la montaña, suelto, apacible y bullicioso.

Cuando bajáis al valle, cruzáis la ribera ó subís á la montaña, todo os echa flores: la tierra, el monte, los granados, los almendros, los rosales y los tomillos.

Esta galantería podéis admitirla sin bajar los ojos; podéis aceptar esos requiebros sin que vuestro rostro se encienda de pudor ni palidezca de soberbia.

Podéis recoger esas flores que os arrojan al paso, sin que vuestros hijos se avergüencen, ni vuestros esposos se ofendan, ni vuestros padres se aflijan.

La hierba-luísa y la malva-rosa os envían todas las mañanas y todas las tardes el silencioso saludo

de sus perfumes, como si os quisieran decir: *Aquí estamos.*

Las flores más tímidas no tienen inconveniente en bordar las paredes de vuestras casas; para ello no piden más que una gota de agua y un rayo de sol que el cielo cuida de darles.

Las enredaderas, incansables, trepan por las tapias, suben hasta vuestras ventanas, y allí cuelgan sus caprichosas redes, y moviendo lentamente sus ligeras campanillas, parece que quieren decir: *Ahora sí que no te escapas.*

¿Y los pájaros? No os dejan vivir.

Ellos vuelan delante de vosotras, os siguen y os rodean, porque para ellos sois unos amigos de confianza, unos vecinos de toda la vida: son vuestros convidados de todos los días.

Cuando hace frío se meten en vuestras casas, comen vuestro pan, cuelgan sus nidos debajo de vuestros techos, y si los miráis, pían descaradamente, como si dijeran: «Aquí estamos todos».

Al romper el día abrís la puerta, y salen volando y diciendo: «Hasta luego».

Algunos se detienen, revolotean alrededor del nido, que dejan oculto entre los palos que se cruzan sosteniendo el techo, salen y entran de nuevo, como si os quisieran decir: «Cuidado con mis chiquitines».

Á las doce en punto ya están todos de vuelta; entran, como en su casa, cantando; y si la mesa no está puesta, si el pan no está sobre la mesa, si

no hay todavía ni una migaja por el suelo, se alborotan, van y vienen de un punto á otro, saltan y vuelan con tal inquietud, que claramente quieren decir: «¡Eh! ¿No se come en esta casa?»

Llega la primavera, y de cada puerta sale una nueva generación de pájaros.

Parece que los árboles no esperaban otra cosa, y al instante empiezan á abrir sus flores y á cuajar sus frutos; los pájaros entonces no entran ya en las casas, porque no salen de los árboles.

No hay manzana que no piquen, ni granada que no prueben, ni sementera que no escarben.

Bajan en bandadas á los sembrados, y allí nada respetan; ocultos entre la hierba que les *hace capa*, comen sin rechistar.

De pronto oyen un ruído sordo y un murmullo lejano, y el más listo grita: «¡Arriba!», y se pueblan de pájaros las copas de los árboles que sombrean la huerta.

Es el perro de la casa vecina que se entretiene en asustarlos: ellos lo ven, y se dicen por lo bajo: «¡Qué bruto!»

El perro corre de un árbol á otro, salta, se empina, ladra, y al fin se aleja cabizbajo, gruñendo estas palabras: «¡Qué pillos!»

Detrás del perro vienen las muchachas; los pájaros las ven, y se arrojan á las puntas de las ramas más altas, como si quisieran verlas mejor: ellas vienen saltando y cantando; los pájaros cantan y saltan también de un modo que de seguro

quiere decir: «¡Hola, amigas! Buenas tardes».

En el verano se extiende entre ellos la voz de «á la era», y desde ese momento no hay grano seguro. Van detrás del trillo como una escolta detrás de la carroza de un rey.

En el otoño echan sus cuentas tomando el sol sobre las tapias de los corrales; desde allí se descuelgan uno á uno como si tal cosa, se mezclan entre las gallinas con la mayor franqueza, y pican y comen sin descanso.

Si el gallo se atufa, y erizando las plumas cacarea como quien dice: «¿Qué es esto?», uno, cualquiera de ellos, le contesta en el acto: «Calle V., buen hombre, que todos somos hijos de Dios».

Los pájaros son vuestros eternos huéspedes.

Vuestras casas están apiñadas alrededor de la iglesia como los hijos alrededor de su madre.

Detrás de la iglesia está el cementerio: ese campo santo, labrado por la muerte, está allí como un amigo que espera: sobre cada sepultura se levanta una cruz, sencilla porque es la verdad, negra porque es el recuerdo de un gran luto, con los brazos abiertos porque es la señal de una gran esperanza.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabéis vosotras? Sabéis amar, sabéis creer, sabéis orar y sabéis morir.

Al nacer, todos os besan; al morir, todos os rezan.

Vuestra ignorancia es tal, que es preciso que el sol os diga la hora en que vivís, que las flores os

adviertan la estación que viene ó la estación que se va.

He aquí cómo contáis los años de vuestra vida:

—Ésta tiene la edad de aquel manzano.

—Aquélla nació al florecer por primera vez aquel almendro.

—Hasta que no vuelvan las golondrinas, no puedo yo cumplir quince años.

—¿Cuántas veces se ha cubierto de rosas ese rosal? Pues todos esos años vivo yo.

La campana de la iglesia, suspendida sobre vuestras sencillas cabezas, es la que os señala la hora del trabajo, la hora del descanso, la hora de la oración y la hora del regocijo.

¿Amáis? Todo el mundo lo sabe; no ocultáis el amor, porque no os avergüenza, y lo publicáis, porque os alegra.

Vivís como las flores, á la luz del sol y delante del cielo.

Por todas partes encontráis dulces recuerdos, memorias continuas que vienen á hablaros de vuestro cariño, de vuestro respeto, de vuestra fe.

Yo os oigo decir:

—Aquel álamo lo plantó mi abuelo.

—Aquí, sobre esta ladera, se sentaba aquella buena anciana que nos enseñaba á rezar.

—Á la sombra de este castaño veía la campiña por la que ya no podía correr.

—Este relicario me lo puso mi madre al cuello el día de mi boda: á ella se lo puso su madre el día

que se casó; yo también se lo pondré á mi hija el día que se case.

¿Y esto es vivir? ¿Y estas criaturas, al cerrar los ojos por la última vez, podrán decir que han visto el mundo?

¿Y la civilización, y la sabiduría, y el progreso han de dejarlas en tan profunda ignorancia?

Yo os enseñaré un pequeño mundo, ese *mundo* que las mujeres de la civilización, de la sabiduría y del progreso llevan á la espalda al correr por el mundo.

Es un mundo sobre el que brilla el sol y el cielo de los placeres.

Es un paraíso en que la tierra es de seda y los ríos de oro.

Yo os enseñaré ese *mundo* terso y brillante, lleno de rincones, de secretos y de obscuridades.

Aquí lo tengo como una joya encerrada en su estuche: otro día abriremos el estuche y veremos la joya.

II.

El mundo es una bola.

Dentro del sentido vulgar de la última palabra del renglón que antecede, se encuentra contenida la definición más exacta y más completa del mundo.

No hay más que llamar especialmente la atención subrayando la palabra *bola*, para que se caiga

en la cuenta de la expresiva significación de esa figura.

Encierra la palabra *bola* una verdad física y una verdad moral.

Es á la vez una figura geométrica y una figura retórica.

Es una palabra doblemente intencionada.

El mundo es una *bola:* así lo pinta la astronomía después de haber tendido sus sabias miradas por la redonda superficie de la tierra.

El mundo es una *bola:* así lo define la triste experiencia sacada del mismo mundo: el mundo es una *bola*, es decir, el mundo es una mentira.

Hay nombres que se salen del *Diccionario* como un desocupado se sale de su casa, y sin saber qué hacerse, vienen, después de dar muchas vueltas, á caer, por gracia ó por capricho, sobre ideas que no estaban aún perfectamente definidas.

Estos nombres penetran é iluminan el sentido de las cosas, como un rayo de sol entra alegre y risueño en una habitación alumbrada por la triste claridad de una lámpara.

Bola: he aquí una palabra que ha estado rodando largo tiempo por la larga extensión del *Diccionario*, sin descubrir la profundidad de su sarcástico sentido hasta que ha tropezado con el mundo.

De la misma manera el pedernal testarudo ocultó la chispa en sus entrañas duras y frías, hasta que el acero tuvo la feliz ocurrencia de salirle al encuentro, ponérsele delante, y herirle.

La chocante comunicación del acero y de la piedra ha producido el luminoso descubrimiento de la chispa; de la relación superficial del mundo con la *bola* ha saltado á nuestros ojos un rayo de luz.

He aquí cómo, sin pasar de la superficie del mundo, hemos llegado á su mayor profundidad.

El mundo es una mentira.

Para descubrir una mentira es preciso ahondar mucho; porque la mentira es una cosa cuyo secreto consiste en esconderse tenazmente detrás de todas las superficies de la verdad.

Es lo falso que mata á lo cierto y se cubre con su piel.

Los errores no serían temibles si no tuvieran la precaución de echarse á la calle embozados en el manto de la verdad.

Decidme cómo podría pasar un duro de plomo, si antes no se escondiera cuidadosamente dentro de todas los apariencias de veinte reales.

Habréis observado que me sirvo con frecuencia de la moneda para echar sobre mis pensamientos la claridad de las comparaciones.

Es el único despilfarro que me permito: cada uno tiene su lujo, y yo tengo ese; dejo caer de vez en cuando una moneda para que la recoja el transeunte.

Yo conozco muy bien el espíritu literario y filosófico del mundo, y sé que en ninguna parte se fija la atención con más empeño que en aquellas en que se ve el brillo ó se siente el sonido de un duro.

¿Con qué había de venceros más pronto y más victoriosamente que presentándoos el testimonio irrefragable, la prueba concluyente de veinte reales?

¿Se ve hoy algo en el mundo con claridad sin la ayuda de esa luz blanca y amarilla que brota del dinero?

Dice éste: «El porvenir está muy obscuro».

Dice aquél: «No veo camino».

Dice otro: «Mi suerte es muy negra».

Los tres quieren decir una misma cosa; los tres dicen: «No tenemos un cuarto».

¿No es el dinero el que nos hace abrir los ojos y cerrar las manos?

¿Qué hombre se atrevería á pensar siquiera, sin consultar antes el misterioso oráculo de su bolsillo?

¿Qué es un bolsillo repleto? Una fortuna.

¿Qué es un bolsillo vacío? Una desgracia.

Poned resueltamente la mano sobre el corazón de la época, que es el negocio, y decidme: «¿Se mueve ya en el mundo la hoja del árbol sin la voluntad del dinero?»

¡Cuánto afecto se compra! ¡Cuánto talento se vende! ¡Cuánta adhesión se alquila!....

El mundo es así, y por eso os muestro un duro para que miréis; lo hago sonar para que escuchéis; hablo en plata para que me entendáis.

Basta que sea duro; no importa que sea falso, porque el dinero, no lo creeréis, es la primera mentira del mundo.

Es el brillo con que está dorada esta *bola* que todos nos resistimos á tragar: es el sofisma á cuyo falso impulso *rueda la bola*.

Es el color, no el cuerpo; es la forma, no la esencia; es el aire, no la vida; es el medio, no el fin.

Es el color, porque se disipa; es la forma, porque desaparece; es el aire, porque se escapa; es un medio, porque jamás se llega á la posesión del último duro.

Formalmente no ha dicho nadie todavía: «No quiero más».

No es propiamente dicho una verdad; si lo fuera, lo sería igualmente para todos, y el dinero no es más que para los ricos.

Extraña verdad sería esa que todos la buscan con el mismo afán, y sólo hay algunos que la encuentran.

El dinero es una apariencia que se deshace al primer mal paso de la fortuna, un poco de humo que se disipa al más ligero soplo de la adversidad, un brillo que se apaga con el solo contacto de la desgracia; es, en fin, la perspectiva de la suerte.

Esa es la primera ficción con que el hombre tropieza al empezar á andar solo por el mundo: al soltar el apoyo de su madre que lo lleva de la mano, se agarra al dinero para no caerse.

Es una creación del hombre, y, como todo lo que el hombre crea, es falsa.

La verdad es la pobreza, la miseria universal.

Ved, si no, á todos los hombres agitándose, codeándose, empujándose, pidiendo dinero, buscando dinero, tomando dinero, como si el mundo no fuera más que un enjambre de mendigos.

El bolsillo no tiene medida.

He ahí la pobre medida de su valor: nunca hay bastante.

Á todo el mundo le hace siempre falta un duro. ¿Os sonreís? Pues bien: arrojad un bolsillo en medio de la calle, y ved si hay alguien que no quiera recogerlo.

Hemos tomado á la codicia por riqueza, á la necesidad por satisfacción.

¿Qué es dinero? Una cosa que siempre vale menos de lo que cuesta; un artificio, una superchería, un engaño en el cual todos hemos convenido.

Estas son las puertas doradas del mundo que tengo delante. Para llamar á ellas, no hay más que golpearse el bolsillo; si suena, las puertas se abren de par en par; si el bolsillo no suena, las puertas permanecen cerradas.

Por ahí empieza este mundo que vosotras, pobres criaturas que vivís encerradas entre las cuatro tapias de la humilde aldea en que habéis nacido, no conocéis.

Este mundo no ha salvado aún la montaña, el río, el valle con que la naturaleza os tiene sitiadas, como si fuera una madre que os rodeara con sus brazos para deteneros.

¡Pobres criaturas! Este manantial de oro no ha ido todavía á fecundar la tierra agradecida de vuestras graciosas huertas.

Esta brillante agitación, demasiado ocupada, no ha podido ir aún á turbar la dulce paz de vuestra vida risueña.

Esta sabiduría no os ha enseñado aún á mentir y á engañaros.

Esta civilización no ha ido todavía á deciros cómo podéis aborreceros.

Este desesperado bienestar no ha podido aún ir á turbar la tranquilidad de vuestro trabajo ni el sosiego de vuestro sueño.

Esta riqueza no ha llegado aún á revelaros hasta dónde pueden llegar las angustias de la miseria.

Esta vida decrépita no ha podido aún robaros la lozanía de vuestra juventud, porque no ha podido manchar la limpieza de vuestras costumbres.

Esta ciencia no ha podido corromper todavía vuestro corazón: esta literatura no ha conseguido aún extraviar vuestros sentimientos.

Este vicio fino, culto, ilustrado, aún no ha llegado hasta vosotras, y no ha podido arrancaros las virtudes sencillas y cristianas que anidan en vuestros corazones, como los pájaros alegres anidan en las gallardas copas de los árboles que dan sombra á vuestras humildes viviendas.

Este es el vestíbulo del mundo que vosotras no conocéis.

Por esa gran puerta se entra en este gran mundo, donde los pájaros están prisioneros en preciosas jaulas, donde las flores son contrahechas ó viven encerradas en lóbregos invernaderos, creciendo tristemente al enfermizo calor de las estufas; donde cada jardín es un artificio, cada árbol un preso; donde la vegetación risueña y espontánea huye, deteniéndose á lo lejos como una paloma espantada.

Aquí, donde apenas se ve el cielo, nublado siempre por la soberbia sombra de nuestros magníficos edificios; donde el agua huye precipitada ó salta impetuosa, como si quisiera romper las ligaduras de piedra que la contienen; aquí donde el aire ahoga y donde la tierra es siempre ó polvo ó lodo; aquí, ¿que habíais de hacer vosotras?

Sobre este lienzo se desarrollan los variados colores, la movible riqueza de esos pequeños *mundos* que cada mujer lleva á la espalda, como el saco donde el vicioso lleva sus vicios y el jorobado su joroba.

¿Abrimos uno de sus *mundos?*

Es tarde; la pluma se cansa, el papel se acaba, la luz se enturbia y el tiempo impaciente no quiere esperarse.

Al pie de estos renglones dejo colgada la llave de ese pequeño mundo: otro día lo abriremos.

III.

El mundo: aquí estamos todavía, parados delante de esta palabra, sin atrevernos á penetrar en las obscuras sinuosidades de su sentido.

Casualmente no tenemos prisa, y podemos dar aún una vuelta por su variada superficie, ó sentarnos tranquilamente en el umbral de su misteriosa puerta.

Como los alegres convidados á los ricos festines de los poderosos, detengámonos un momento y murmuremos un rato antes de entrar.

Por la actitud humillada con que el ser humano cae en el mundo, bien puede creerse que viene arrojado, que ha caído despeñado de una gran altura, en castigo de algún gran delito.

En el mismo principio de la vida está el fin; de tal manera, que es absolutamente imposible morir sin haber nacido: se nace, pues, para morir; si la vida no es un tránsito, no es nada.

En el mundo se entra de la misma manera que se sale. Nadie nace por su voluntad, ni nadie muere por su gusto: no se sabe qué es lo que cuesta más trabajo, si nacer ó morir: nacemos llorando, y morimos afligidos: nadie ha dicho: «Yo quiero nacer;» nadie tampoco ha dicho formalmente: «Yo quiero morir.»

El suicidio no es un hecho en contra de lo que

acabo de afirmar, porque ese pensamiento desesperado no se formula así en el alma sombría del suicida.

Él no dice, —aunque lo diga,—«yo no quiero vivir:» en la palabra *desesperación* encontraréis encerrado todo el secreto de su negro pensamiento: lo que él dice es: «Yo no puedo vivir.»

Así se sale y así se entra en la vida, y la vida es el mundo.

Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro paredes de vuestra ignorada aldea, tenéis vuestras cunas al lado de vuestras sepulturas; vivís, por decirlo así, paradas al borde del cementerio, como si supierais que vivir no es más que esperar la muerte.

Para nosotros, nacer es el acto continuo de una máquina activa ocupada en surtir al mundo de esta materia elaborada que se llama humanidad.

Para vosotras, nacer es un mandato divino.

Para nosotros, vivir es un derecho y una grandeza; para vosotras, es un deber y una prueba.

Á nosotros nos sorprende la muerte como un acreedor inexorable, cuya deuda no queremos pagar; vosotras recibís á la muerte como á una triste amiga, cuya visita os está anunciada desde el día que nacéis.

La vida es un capital que se nos entrega en la cuna: vosotras lo empleáis, y nosotros lo derrochamos.

Entrar en el mundo es nacer; salir del mundo es morir; el mundo, por consiguiente, es el espacio comprendido entre el dolor de nacer y el pesar de morir.

¡Qué mundo este!

He aquí una exclamación que está en todos los labios; amargo reproche, triste consideración que se nos escapa en medio de nuestras ardientes alegrías.

Cae en el dulce vaso de nuestros placeres como una gota de hiel.

Esa amarga exclamación tiene también su dulzura.

Cuando en medio de nuestros pesares exclamamos: «¡Qué mundo éste!», es que empezamos á consolarnos.

Entonces cae esa exclamación en la amarga copa de nuestros dolores como una gota de miel.

Mas toda esta conversación es demasiado triste para tenerla ante las puertas del mundo. Variemos, pues, el paisaje de nuestras ideas.

¿No habéis visto alguna vez á una niña, llena de viveza y de alegría, correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve; torna á ir, y torna á volver: sus pies menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros, como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas casi impalpables del codiciado insecto.

Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas

33847
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEX

como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

Veinte veces la ha cogido, y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío á muerte: la niña ni se cansa ni cede; la mariposa ni huye ni se deja coger; hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasión, hay furia, hay vértigo.

No es siempre la niña la que busca á la mariposa; muchas veces es la mariposa la que busca á la niña.

Cualquiera, siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, de saltos y de carreras, esta serie de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diría con la sonrisa en los labios:

—Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

—Cierto, dirán cuantos lo escuchen; y, sin embargo, puede ser y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que tienen el derecho al otro lado de aquel porque se miran, que, semejantes á los hombres, suelen echarse la realidad á la espalda, llevando delante la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquiera que caiga en esto podrá decir:

— Ved ahí una mariposa que juega con una niña.

Entre tanto, la niña sigue invencible y la mariposa incansable.

Llega al fin un momento que parece decisivo.

La mariposa ha tomado espacio, y, elevándose hasta las copas de los árboles, se ha perdido entre el follaje obscuro y espeso.

La niña, suspensa, la busca con sus inquietas miradas, y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas, como si quisiera sorprenderla.

Sus alas, ya azules, ya carmesíes, relampaguean en la sombra, llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores; se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.

La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse á si misma: «Esta vez no se me escapa.»

La mariposa llega, la envuelve en una nube de círculos, roza sus labios, sus rizos, sus mejillas, sus párpados, golpea con sus alas las manos de la niña, y se escapa majestuosamente, como si quisiera decir: «¡Estás fresca!»

¡Qué lástima! ¡qué desconsuelo! ¡qué rabia!

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento, y las dos se encuentran.

Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña, como pudiera pasar por entre dos rosas.

Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.

La niña junta sus manos, y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas! ¡qué felicidad!

Aquí está preso, cogido, el objeto de tantos afanes.

No se atreve á separar los dedos; los aprieta, temerosa de que el tesoro se escape.

Diez cabezas más ó menos rubias, pero todas movibles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan codiciada joya.

Diez cabezas de niñas, esto es, diez botones de rosa que se empiezan á abrir.

Van á ver los matizados colores de sus alas, van á tocar sus bordados de oro, van á examinarla, á besarla, á poseerla.

Se toman serias precauciones para el caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del prisionero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquiera tentativa de evasión.

Cada una de aquellas manos está deseando que el preso se escape, para que sea á ella á quien le toque detener al fugitivo.

Al fin la niña empieza á separar poco á poco sus manos fuertemente apretadas: la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece, y las precauciones

se doblan: la curiosidad se pinta en todos los semblantes y la inquietud en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de completa inmovilidad; ese silencio y ese reposo que preceden siempre á los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren: una exclamación general resuena en el corro; la curiosidad desaparece, las manos se bajan, las precauciones se abandonan.

La mariposa no es mariposa; aquellas alas no son alas; aquellos colores no son colores; la niña muestra en la suave palma de su menuda mano un gusanillo aplastado, un poco de polvo que apenas brilla á los rayos del sol; nada.

La curiosidad se convierte en descontento, la animación en abandono, la alegría en tristeza.

—¡Qué chasco!

He ahí la vida; ese es el mundo.

Desengaño es una palabra sólida, pesada, grave, que cae á plomo sobre nuestro corazón y lo oprime con el peso de una montaña.

Desengaño es una voz seca y fría que se encuentra al fin de todos los placeres, de todas las satisfacciones, de todas las vanidades. Siempre que se nos acerca, nos dice: «Todo aquello era mentira.»

Cualquiera que llegue aquí mirará con desdén todo lo que llevo escrito, y, encogiéndose de hombros y alargando el labio inferior y entornando los ojos, dirá: «Una niña y una mariposa. ¡Vaya un par de personajes para enseñarnos el mundo!»

Ese cualquiera tiene razón.

Llamemos á esa vieja incansable que todo lo averigua y todo lo sabe, y cuyo nombre es unas veces sabiduría de los hombres y otras ciencia humana.

Aquí está.

—¿Qué sabes tú?

—Si me preguntáis por lo que quiero saber, os diré que todo; si me preguntáis por lo que sé, os contestaré que nada.

Hay que creerla, porque así sólo puede hablar la sabiduría.

¿Qué es lo que la ciencia sabe, comparado con lo que ignora?

Sabe que la vida empieza por un misterio y acaba por un misterio; que se encuentra encerrada en el estrecho paréntesis de dos obscuridades.

La ciencia sabe lo que sería imposible ignorar; no posee el principio de nada, ni el fin de nada; es una vieja que se entretiene también en coger mariposas.

Es una luz que no sirve más que para mostrar claramente la espesa obscuridad que la rodea.

Digámoslo de una vez: no hay más horizontes que los del cielo.

Ahora, llamemos á la puerta, y entremos en el festín: la puerta es la vida, y el festín es el mundo.

—¿Entramos?

—Esperad: es un gran mundo que encierra muchas curiosidades, que guarda muchas riquezas,

que oculta muchos secretos, y vosotras, pobres criaturas, os perderíais en él. Vosotras no sabéis que aquí se pierde todo. Echad una ojeada desde el umbral, y otro día pasaremos adelante.

IV.

Cada uno lleva un mundo en su corazón, lo mismo el joven que el viejo; y este mundo es unas veces «mañana» y otras veces «ayer».

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entonces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir, que la vida se acaba antes que el hombre; así que consumimos la última esperanza, volvemos atrás; solamente que desandamos el camino por la otra calle.

Eche cada uno la sonda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo, y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y, sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha, que apenas cabe dentro de sí; la vida exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay más remedio que echarse á la calle, ó pasar el día asomados á los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende á nuestros pies como un esclavo, y se abre á nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran, y su loca alegría nos arrastra.

¿Habéis visto un diamante? Pues bien; detrás

de las aguas de luz con que se viste, no hay más que un poco de tierra cocida.

La luciérnaga es una luz pálida y limpia, detrás de la que se oculta siempre un gusano.

Vosotras, bellas criaturas, que pasáis la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo miráis desde la altura de vuestros adornos; que ahogáis sobre las alfombras el ruído de vuestros pasos, como si quisierais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que tenéis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabéis lo que es el mundo.

No sois la perla escondida; sois la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros pies su último peldaño, y os diga: «subid»; no hay una joyería que no salga al paso de vuestras miradas, y no os diga: «tomad»; no hay aparador que no se cubra diariamente con los caprichos de la moda para deciros al pasar: «Todo esto es vuestro».

Pasáis por la tierra dejando un rastro de perlas, de encajes y de seda.

Parece que los vínculos que os unen á la vida no son más que esos lazos con que trenzáis vuestros cabellos, ceñís vuestras cinturas ó sujetáis los abundantes pliegues de vuestros vestidos.

Tenéis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal ó de china primorosamente fabricado, y guardáis el suave carmín con que el pudor tiñe las mejillas de vuestra juventud interminable en el fondo perfumado de un precioso tarro de porcelana.

Todo lo sabéis: sabéis mirar; sabéis sonreir; sabéis brillar.

Vivís prendidas á la vida como un adorno.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de raso, la honestidad de oro y la virtud de brillantes, seríais un verdadero tesoro de inocencia, de modestia, de honestidad y de virtud.

Vosotras habéis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imagen: tenéis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vuestra propia hermosura os sale continuamente al paso para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conocéis con esa seguridad que da el trato íntimo y continuo; sabéis perfectamente qué color anima más vuestros semblantes, qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes, qué adorno es el que dobla la gracia de vuestras movibles cabezas y hace más brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabéis cuál es la sonrisa más graciosa, la mirada más interesante, el ademán más distinguido.

Poseéis el gran secreto del mundo; tenéis la gran intuición de una gran filosofía; sabéis lo que

os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumáis vuestros encantos como un avaro sus monedas; tapáis vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; os sonreiréis hasta con las lágrimas en los ojos; y si la tristeza os hermosea, seréis capaces de estar eternamente tristes.

Aplicáis el llanto y la risa á vuestra belleza, como dos cosméticos encargados especialmente de realzar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfian, vuestros hijos dudan.

Habéis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo continuo á vuestra virtud, y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman.

Marcháis delante como los estandartes de esta procesión majestuosa; la turba os empuja y os admira, la murmuración os sigue, la envidia os espía y la lisonja os muerde.

Cruzáis las calles, y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran y todas las bocas os insultan; dejáis en pos de vuestro paso un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas: las flores que os arrojan al semblante llevan siempre una espina que va derecha á clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo advertiréis; pero cada requiebro

es un desprecio: gozáis en que os humillen; si os admiran, ¿qué importa que os insulten?

Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y un aire ufano; que dicen á todo el que se encuentran: «Por aquí van mis vicios».

Hay otras que atraviesan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdeñosa y el aire satisfecho; que van diciendo: «Por aquí voy yo».

Vosotras no sois las primeras; pero ¡qué fácilmente podéis llegar á serlo!

¿Y qué sois? Una mentira engalanada con los adornos de la verdad; una triste alegría, un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, un brillo como el de la ciencia, una ilusión como la del dinero: pura perspectiva.

Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala expone sus alhajas.

Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el *patrón* de vuestras modistas, búcaros donde las floristas muestran al público los fríos artificios de sus rosas de linón, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetán, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las más delicadas combinaciones de sus exquisitas esencias.

Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois más que bellas, jóvenes y elegantes.

Pensáis en el aderezo de ayer, soñáis con el vestido de mañana.

El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente sobre el mármol de la chimenea de vuestro tocador, como si le faltara tiempo para vivir, os está gritando á cada momento: «Al teatro, al baile, al coche, al salón».

El amor es la gran pasión de vuestra alma: ese amor íntimo, profundo, que nos encadena á nosotros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscáis en la sociedad? La admiración. ¿Qué encontráis en la familia? ¡Ah! Los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Tenéis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Oid un cuento histórico.

Alrededor de la mesa de un café discutían varios jóvenes acerca de la hermosura de una dama famosa.

Cada uno exponía á la admiración de los demás el encanto que más había herido su deseo en el bello conjunto de aquella hermosa criatura.

Sobre el mármol frío de aquella mesa se estaba haciendo la ardiente autopsia de una mujer encantadora.

El entusiasmo iba creciendo como las aguas de una inundación.

La mujer que lea estos renglones, experimentará probablemente cierta envidia al ver que no es ella el objeto de tanta admiración.

Entre los circunstantes había un joven, recién venido de provincia, que escuchaba con indiferencia aquella ruidosa tempestad de alabanzas. Otro, sorprendido de aquel silencio, le dijo:

—¿V. no sabe de quién se trata?

—Sí lo sé,—le contestó.

—¿Pero V. la conoce?

—La he visto una vez.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿Y no le parece á V. una mujer admirable?

—Según (le contestó): casi desnuda, no me gusta.

¡Admirable mujer esa! Estaba dispensada de todo pudor, porque no tenía ninguna imperfección que tapar.

La que, después de leer estos renglones, sienta en su alma la pena de no ser el objeto encantador de tantas alabanzas, hagámosle justicia asegurando que debía serlo.

Vosotras tenéis también profundos dolores: la primera cana y la primera arruga os cuestan muchas tristezas.

Las demás penas de la vida las lloráis con lágrimas de oro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo echáis el suntuoso llanto de un magnífico entierro, y enjugáis vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que hacéis envolver sus restos.

¡Qué dolor tan elegante! ¡Qué pena de tan buen gusto! Y si el luto os cae bien, ¡qué consuelo!

Morís, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guardarropa esparcido sobre la tierra.

Dejáis el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas jóyas, la imagen vaporosa de vuestra exquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo hábeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas: llamáis *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que lleváis siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinación sobre la tierra. Dentro lleváis vuestro corazón.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él?

—Todo: seda, oro, diamantes.

—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

Al llegar aquí, tiráis el libro con enfado, diciendo: «Todo eso es mentira.» Es decir, que sois así sin saberlo, ó sois así sin quererlo ser.

Sois muy hermosas, y no queréis creer en la exactitud del espejo que os retrata tan feas. Esto es natural.

Con qué ceñuda admiración preguntaréis:

—¿Ese es el mundo?

Los cortesanos de vuestra belleza os dirán:

—No.

Dentro de vosotras hay una voz que no quiere engañaros: preguntádselo con sigilo, y ella os dirá en confianza:

—Sí: ese es el mundo.